No Confundas A Cristo Con Religión

Posted on ***January 01,1970*** *by* ***Néstor Martínez***

Soy creyente desde hace más de cuarenta años y tengo más que claro que tanto la crítica ácida como los cuestionamientos duros tienen que ver con desacomodos espirituales que no aportan nada y arman conflictos. Mi modelo es Jesús, y Él jamás criticó a pecadores, ni a gobiernos humanos, ni a injusticias sociales. ¿Verdad? Pero en mi vida secular fui periodista, de los antiguos, de los que se mataban antes de mentir o tener operaciones fraudulentas para favorecer intereses. Entonces, en este tiempo, me enfrento con un dilema que no es menor. Soy creyente y no puedo ni debo cuestionar ni criticar, de acuerdo, pero también soy íntegro y honesto por lo que no puedo dejar de decir las verdades que ven mis ojos. El único camino que me queda, entonces, es elaborar una estrategia santa, que me permita decir todas las verdades que se deben decir y, al mismo tiempo, buscar y encontrar desde la mismísima palabra de Dios los resortes que nos permitan solucionar lo erróneo y darle vía libre a lo divino. Entonces me coloco unos supuestos anteojos de marco oscuro, un pocillo de café que se enfría, una ficticia máquina de escribir mecánica y sinceros deseos de hacer un aporte de valor y transparencia dirigido a una sociedad que en los últimos tiempos ha hecho un canto a la mentira, al fraude, a la corrupción y la perversión. Desde esa óptica, si tuviera que formular una crítica fuerte al cristianismo convencional (Entendido como las formas mayoritarias e institucionales del cristianismo a lo largo de la historia), elegiría una que ha sido planteada tanto por creyentes como por no creyentes: La distancia entre sus ideales éticos y el comportamiento de muchas de sus instituciones. El núcleo del mensaje atribuido a Jesús de Nazaret enfatiza el amor al prójimo, el perdón, la humildad, el cuidado de los marginados y la renuncia al poder como fin en sí mismo. Sin embargo, a lo largo de la historia, distintas iglesias cristianas han estado involucradas en episodios de: Búsqueda y conservación de poder político. Persecución de disidentes y herejes. Intolerancia religiosa. Encubrimiento de abusos en algunas instituciones. Resistencia a ciertos avances científicos o sociales en distintos momentos históricos. La crítica sería que cuando una institución proclama un estándar moral tan elevado, sus fallas resultan especialmente graves, porque afectan no solo a quienes sufren directamente esas acciones, sino también a la credibilidad del propio mensaje. También podría plantearse una crítica filosófica: En ocasiones, parte del cristianismo convencional ha enfatizado más la obediencia doctrinal y la pertenencia al grupo que el desarrollo del pensamiento crítico o la búsqueda honesta de la verdad. Cuando la lealtad a una interpretación se vuelve más importante que la evidencia o el diálogo, existe el riesgo de caer en el dogmatismo. Al mismo tiempo, hay que reconocer que estas críticas no describen a todos los cristianos ni a todas las iglesias. Muchas comunidades cristianas han sido protagonistas de hospitales, universidades, movimientos de derechos humanos, ayuda humanitaria y defensa de personas vulnerables. Además, numerosos teólogos y creyentes han formulado estas mismas críticas desde dentro del cristianismo, buscando una mayor coherencia con las enseñanzas de Jesús. En resumen, la crítica más profunda no sería que el cristianismo predique ideales demasiado altos, sino que con frecuencia sus instituciones no han estado a la altura de los ideales que ellas mismas proclaman. Esa tensión entre el mensaje y la práctica ha sido una de las objeciones más persistentes y difíciles de responder para el cristianismo convencional. Si el objetivo es responder a esa crítica desde la propia Biblia, entonces conviene construir un mensaje que haga una distinción clara entre el cristianismo institucional y el verdadero discipulado según Jesús. Curiosamente, la Biblia ya anticipa muchas de las críticas que hoy se hacen al cristianismo. Jesús fue muy duro con la hipocresía religiosa.

Te propongo un eje central: El problema no es Cristo; el problema es cuando quienes dicen seguirlo dejan de parecerse a Él. Estos son algunos de los pasajes más poderosos para desarrollar ese mensaje.

1. **Jesús condenó la religión hipócrita.**

Te sugiero que leas en el evangelio de Mateo, su capítulo 23, completo. Este que voy a reproducirte es probablemente el texto más fuerte. ***Este pueblo de labios me honra; más su corazón está lejos de mí.*** Y también: ***Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas...***Recuerda la enseñanza que te he compartido, con relación a la expresión "Ay" en hebreo. Significa lisa y llanamente, "maldito seas". Duro, ¿No? ¿Por qué Jesús tiene esa expresión para con esa gente? Porque Jesús denuncia que los líderes religiosos: aman el prestigio; cargan a otros con reglas que ellos no cumplen; cuidan la apariencia pero no el corazón y usan la religión para obtener poder. La crítica moderna al cristianismo no sorprende a Jesús. Él hizo exactamente la misma crítica hace dos mil años. Pero hay una verdad inocultable que ha permanecido intacta por todos los tiempos: El verdadero discípulo se reconoce por su amor. Está registrado esto en el evangelio de Juan 13:34-35: ***Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.*** Observa con suma atención el contenido de estas palabras. No te dice que nos conocerán por nuestras doctrinas, o por los hermosos o incluso espectaculares templos que podamos mostrar. Tampoco por el poder terrenal que manejemos o podamos influenciar y mucho menos por la política que desde su seno desarrollemos conforme a la cultura o idiosincrasia del pueblo, nación o país en el que podamos habitar. Dice que nos tendrán que conocer y registrar como discípulos de Jesucristo por el amor que emane de nuestro ser. Hay una realidad que es insoslayable: cuando la iglesia como tal deja de amar, deja de mostrar la evidencia de que pertenece a Cristo. Y aquí dejo a un costado al catolicismo romano porque lo que voy a mostrar nunca fue parte de sus rutinas, salvo en la voz de sus sacerdotes. Pero no en los fieles. La realidad terrible pero nítida de que no todo el que dice "Señor" pertenece realmente a Cristo. Esto, lo sabemos, es mucho más frecuente hasta el grado de sobreabundar en las iglesias evangélicas. Mateo 7:21-23 nos muestra: ***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.*** Hay dos fragmentos en este texto que te tiene que hacer pensar muy seriamente sí o sí. El primero, es el que dice: ***No todo el que me dice: Señor, Señor...***Y el otro, para mi gusto el que más te estremece de pies a cabeza, es: ***Nunca os conocí.*** Esto demuestra que: asistir a una iglesia, predicar, o incluso hacer milagros, no garantiza a nadie el ser un discípulo genuino de Jesucristo. Jesús mismo reconoce que habrá personas religiosas que nunca le pertenecieron realmente. Entonces, es el momento en que la gran pregunta resuena y queda flotando en los aires como si fuera un repique de tambores: ¿Cuánta gente creyente y cuanta gente religiosa hay, hoy, pleno siglo veintiuno? Llegado a este punto, ¿No deberíamos hacer una pausa, reflexionar muy seriamente y detenernos a pensar si podemos continuar, como en muchos lugares el cristianismo ha estado haciendo, con juicios y censuras a las conductas de todos aquellos que no profesan nuestra fe? ¿Tenemos realmente autoridad para juzgar a eso que llamamos "mundo"? Autoridad tendríamos, si no fuera que ha sido dicho desde la antigüedad, (Porque no hay nada nuevo bajo el sol que no haya sido visto antes), que el juicio comienza por la casa de Dios. Más allá de si ese mundo se lo merece o no, hay una realidad que ya ha sido dicha. 1 Pedro 4:17 te lo dice con claridad: ***Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿Cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?*** Vuelve a leer esa frase: ***Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios***. Pedro enseña que Dios de ninguna manera protege el pecado que pueda existir dentro de su pueblo. Primero juzga a los suyos. Eso responde a la idea de que Dios de ninguna manera aprueba cualquier cosa hecha en nombre del cristianismo. No es mala palabra decir religión, pero siempre y cuando resuma pureza. Ya se lo conocía así

en la antigüedad y, pese a que no era exactamente lo que se debía proclamar y enseñar, por ser palabra conocida, Santiago la utiliza en el primer capítulo de su carta y en el verso 27 cuando expresa***: La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.*** Santiago usa esa palabra que hoy está en declinación y la reduce a misericordia y santidad. De ninguna manera y bajo ningún concepto habla de poder o mucho menos de prestigio, dos valores que hoy están casi en el centro de toda actividad religiosa institucional. Una actividad que, aunque suene casi inconcebible, suele afirmarse en textos que de ninguna manera significan lo que le hacen significar. Uno de ellos es el pasaje de Santiago 2:14-17. Allí leemos: ***Hermanos míos, ¿De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.*** Esto, de ninguna manera es lo que en muchas ocasiones he oído de labios de líderes cristianos, con relación a la actividad que cada miembro de su congregación tiene obligación de ejercitar para cumplimentar con esta palabra. No. El que siga creyendo que desaparecer de tu casa por la mañana y retornar por la noche porque estuviste haciendo cosas para la iglesia es una demostración de fe, se equivocó de medio a medio. Lo que esta palabra enseña es una suerte de respuesta directa al creyente que dice creer, pero que no vive conforme a esa fe. Obras no es barrer un templo, aunque lo pueda incluir. Fe es no necesitar de un templo para vivir sin pecar, amar a Dios y ser salvo. Esas obras nos están hablando de servicio, no de actividades. Jesús mismo vino para servir. A eso lo vemos con nitidez en el evangelio de Marcos 10:42-45: ***Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.*** Fíjate que Él está comparando a su Reino con los gobiernos. Por eso les aclara que los gobernantes dominan, pero que entre ellos no tendrá que ser así. Que el que entre ellos pretenda hacerse grande, primeramente, deberá servir a todos los demás. Y se pone como ejemplo clave y central del punto: ***Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir.***Esa es, a todas luces, una crítica clarísima a toda forma de liderazgo religioso basado en el poder. Momento de reflexionar y preguntarnos y preguntar si es que cabe: ¿Está haciendo eso el liderazgo cristiano que tú conoces? No interesan los nombres ni los lugares. ¿Están haciendo eso? Dentro de lo que yo conozco, aquí, lamentablemente no. Y, como ya sabemos más que bien, aunque hayamos leído dos páginas de la biblia, que el árbol se conoce por la calidad de fruto que produce. Eso es lo que se desprende del texto que encierra el evangelio de Mateo 7:15-20: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis. ¿Lo leíste bien? Por sus frutos. No por la cualidad, la calidad o el prestigio de tu denominación. No por los títulos seculares o cristianos que hayas obtenido. No por tus audios, videos o predicaciones ante público. ¡Por tus frutos! ¿Y qué cosa son esos frutos, acaso traer más convertidos a la iglesia? Durante mucho tiempo eso es exactamente lo que se enseñó como interpretación principal de este pasaje, pero creo que ya no. Este es otro tiempo y las verdades, aunque vivan muchos años escondidas, un día salen a la luz porque al Espíritu Santo así le place. Ya quedó dicho; en contrario a los rudimentos del mundo secular, en la dimensión del Reino, el mayor es el que sirve. Lucas 22:25-27 te lo presenta así***: Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.***

Listo. No le quites ni le añadas nada; toda autoridad cristiana en lo que sea, debería parecerse a eso. Si no se le parece o, lo peor, impone lo inverso, entonces no tiene autoridad divina, sólo de hombre. ¿Por qué? Porque esta es una cuestión de amor, pero no de ese amor que ves en las telenovelas, sino del único, verdadero e inmutable, del que Pablo se atreve a hablar en el contexto del capítulo 13 de la primera de sus cartas a los Corintios. Allí él sostiene que, si bien puede tener profecía, conocimiento, fe y dones, si no tiene amor, no es absolutamente nada. ¡Pablo dice eso! Según mi opinión estrictamente personal y sin ánimo ni intención de convertirlo en enseñanza o doctrina, yo creo que este capítulo es el que mejor resume el genuino corazón del llamado cristianismo. No confundas jamás a Cristo con la religión. Porque cuando el hombre pierde esa diferencia, termina defendiendo sistemas en lugar de defender la verdad, instituciones en lugar del Reino, tradiciones en lugar de la vida, y apariencias en lugar del carácter de Cristo. Ese ha sido, quizás, el error más costoso de la historia del pueblo de Dios. La religión siempre intentará convencerte de que Dios habita en edificios; Cristo vino a demostrar que desea habitar en personas. La religión organiza multitudes; el Reino forma hijos. La religión necesita jerarquías para sostenerse; el Reino necesita servidores para manifestarse. La religión fabrica miembros; Cristo engendra nuevas criaturas. La religión exige comportamientos; el Espíritu produce transformación. Y esa diferencia es inmensa. No estamos hablando de una discusión semántica ni de un cambio de palabras. Estamos hablando de dos naturalezas completamente distintas. El Reino jamás vino para perfeccionar la religión. Vino para reemplazarla. Jesús no murió para fundar una organización humana más entre las muchas existentes sobre la tierra. No derramó su sangre para levantar un sistema religioso competitivo. No resucitó para que sus seguidores pelearan por doctrinas, denominaciones, tradiciones o interpretaciones. Él vino a reconciliar al hombre con el Padre. Todo lo demás es consecuencia. Por eso resulta profundamente revelador observar que el conflicto permanente de Jesús nunca fue con los pecadores. Fue con los religiosos. Los publicanos encontraban misericordia. Las prostitutas encontraban dignidad. Los enfermos encontraban compasión. Los endemoniados encontraban libertad. Los niños encontraban abrazos. Los marginados encontraban un lugar. Pero los orgullosos encontraban resistencia. Porque el mayor enemigo del Reino nunca ha sido el pecado visible. Ha sido la autosuficiencia espiritual. El pecado puede llevar a un hombre a buscar arrepentimiento. La soberbia religiosa, en cambio, suele convencerlo de que ya no necesita arrepentirse. Allí radica el peligro. Porque cuando la religión deja de parecerse a Cristo, continúa utilizando Su nombre mientras deja de representar Su corazón. Y eso produce uno de los daños más profundos que puede sufrir el Evangelio. Miles de personas no rechazan a Jesús. Rechazan la imagen deformada que muchas veces quienes decimos seguirlo hemos presentado de Él. No conocen al Cristo de los Evangelios. Conocen al Cristo filtrado por nuestras incoherencias. Conocen al Cristo deformado por nuestros orgullos. Conocen al Cristo oculto detrás de nuestros intereses. Y eso debe dolernos. No porque afecte nuestra reputación. Sino porque afecta la gloria del Rey. Como ciudadanos del Reino debemos comprender una verdad que transforma completamente nuestra manera de vivir. Nosotros no representamos una religión. Representamos un Reino invisible que gobierna sobre todos los reinos visibles. No somos embajadores de una institución. Somos embajadores del Cielo. No hablamos en nombre de una denominación. Hablamos en nombre del Rey de reyes. Y un embajador jamás tiene derecho a modificar el mensaje de quien lo envió. Nuestra misión no consiste en conquistar espacios de poder. Consiste en manifestar la naturaleza del Rey allí donde vivimos. El Reino nunca avanzó mediante imposiciones. Siempre avanzó mediante transformación. Porque la verdadera autoridad nunca necesita imponerse. Se reconoce. La verdadera luz jamás discute con la oscuridad. Simplemente brilla. La verdad jamás necesita gritar. Permanece. El amor jamás necesita exhibirse. Se evidencia. Y la santidad nunca requiere propaganda. Produce fruto. Ese fruto es precisamente el examen permanente de toda vida cristiana. No cuánto sabemos. No cuánto predicamos. No cuántos seguidores tenemos. No cuántos libros escribimos. No cuántas iglesias levantamos. No cuántos milagros contamos. Sino cuánto nos parecemos a Cristo. Porque el Reino jamás mide el éxito como lo hace el mundo. Mientras el sistema celebra influencia, Dios observa fidelidad. Mientras los hombres premian resultados, el Padre contempla corazones. Mientras la cultura exalta celebridades, el Reino honra siervos. Mientras la religión construye plataformas, Cristo sigue lavando pies. Y ese

contraste continúa siendo escandaloso. Vivimos una época fascinada con la visibilidad. Sin embargo, el Reino sigue formando personas en el secreto. Vivimos tiempos donde parecer vale más que ser. Pero el Padre continúa mirando aquello que nadie más puede ver. No será nuestra elocuencia la que convenza al mundo. Será nuestra semejanza con Jesús. No será la excelencia de nuestros discursos. Será la coherencia de nuestras vidas. Porque una vida transformada sigue siendo el argumento más poderoso del Evangelio. El mundo ya ha escuchado demasiados sermones. Ahora necesita contemplar testimonios. Necesita encontrar hombres y mujeres cuya paz no dependa de las circunstancias. Cuya esperanza no dependa de la economía. Cuya integridad no dependa del aplauso. Cuya generosidad no dependa de la abundancia. Cuya humildad no dependa de la posición. Y cuyo amor no dependa de la respuesta del otro. Eso solamente puede producirlo el Espíritu Santo. Jamás una estructura religiosa. Por eso el desafío de nuestra generación no consiste en modernizar el cristianismo. Consiste en volver a Cristo. No necesitamos una iglesia más entretenida. Necesitamos una iglesia más parecida a Jesús. No necesitamos mejores estrategias de marketing. Necesitamos mayor quebrantamiento. No necesitamos más protagonismo humano. Necesitamos mayor manifestación del Reino. Porque el Reino no crece cuando los hombres son admirados. Crece cuando Cristo es revelado. Y allí aparece una verdad que jamás deberíamos olvidar. La Iglesia no existe para sobrevivir. Existe para reflejar. Reflejar el carácter del Padre. Reflejar la justicia del Reino. Reflejar la misericordia del Rey. Reflejar la verdad del Evangelio. Reflejar el amor de Cristo. Cuando deja de hacerlo, podrá conservar estructuras, presupuestos, programas, edificios y estadísticas. Pero habrá perdido su razón de existir. El Reino nunca será sostenido por recursos humanos. Siempre será sostenido por la presencia de Dios. Por eso nuestra esperanza tampoco descansa en reformas institucionales. Descansa en el obrar soberano del Espíritu Santo. Él sigue levantando hombres y mujeres que aman la verdad más que la popularidad. Que prefieren obedecer antes que negociar. Que buscan agradar al Padre antes que impresionar a los hombres. Que entienden que el éxito eterno no se mide por el tamaño de una congregación, sino por la profundidad de la obediencia. Quizás nunca sean famosos. Quizás jamás aparezcan en una plataforma. Tal vez nadie escriba sus nombres en un libro de historia. Pero el Cielo los conoce. Y eso basta. Porque el Reino jamás funcionó mediante reconocimiento humano. Siempre funcionó mediante fidelidad. Al final de los tiempos, Cristo no preguntará cuántas posiciones ocupamos. Preguntará qué hicimos con aquello que nos confió. No evaluará nuestro prestigio. Evaluará nuestro fruto. No observará nuestros títulos. Mirará nuestro corazón. Y ese día desaparecerán todas las máscaras. Las plataformas dejarán de importar. Las denominaciones dejarán de importar. Los aplausos dejarán de importar. Las comparaciones dejarán de importar. Solo permanecerá aquello que haya nacido del Espíritu. Todo lo demás será consumido como la paja por el fuego. Por eso todavía estamos a tiempo. Tiempo para arrepentirnos donde sea necesario. Tiempo para reconciliarnos con la verdad. Tiempo para abandonar todo protagonismo personal. Tiempo para volver al primer amor. Tiempo para recordar que antes que miembros de una iglesia somos hijos del Padre. Antes que simpatizantes de una doctrina somos ciudadanos del Reino. Antes que defensores de una institución somos discípulos del Maestro. Y un discípulo jamás deja de parecerse a quien sigue. Si hoy el mundo necesita algo, no necesita una religión más sofisticada. Necesita volver a encontrarse con Cristo. Con el Cristo que perdona. Con el Cristo que restaura. Con el Cristo que sirve. Con el Cristo que sana. Con el Cristo que libera. Con el Cristo que ama sin hipocresía. Con el Cristo que sigue extendiendo sus manos hacia todo aquel que desea regresar al Padre. Ese Cristo continúa siendo la esperanza del mundo. No nuestras organizaciones. No nuestras interpretaciones. No nuestras tradiciones. Él. Solo Él. Porque cuando todo pase; cuando las estructuras desaparezcan, cuando los sistemas humanos se derrumben, cuando los imperios de este siglo sean apenas un recuerdo, cuando las voces de los hombres se apaguen y los escenarios queden vacíos, el único Reino que permanecerá será aquel que nunca tuvo principio ni tendrá fin. Y nosotros no fuimos llamados simplemente a asistir a reuniones religiosas. Fuimos llamados a vivir como hijos del Dios Altísimo. Fuimos llamados a pensar, hablar, amar, perdonar, servir y caminar como ciudadanos del Reino de los cielos mientras todavía transitamos esta tierra. Esa es nuestra identidad. Ese es nuestro llamado. Esa es nuestra responsabilidad. Y también, gracias a la obra consumada de Cristo, ese es nuestro glorioso

privilegio. Porque al final, cuando toda voz humana haya callado, cuando toda apariencia haya desaparecido y cuando toda verdad quede definitivamente expuesta delante del trono del Rey, ya no importará quién tuvo la religión más grande, la organización más poderosa o la doctrina más sofisticada. Lo único verdaderamente trascendente será haber podido escuchar aquellas palabras que ningún hijo de Dios debería dejar de anhelar durante toda su existencia: "***Bien, buen siervo y fiel; sobre poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor."***Ese será el único reconocimiento que realmente tendrá valor por toda la eternidad. "Si alguien rechaza el cristianismo porque ha visto hipocresía, abuso de poder o falta de amor, Jesús no le pediría que aprobara esas cosas. Él mismo las condenó. La invitación del Evangelio no es a seguir a personas imperfectas ni a justificar los errores de las instituciones, sino a seguir a Cristo. La verdadera pregunta no es si todos los que se llaman cristianos representan bien a Jesús, sino si Jesús merece ser juzgado por quienes no vivieron conforme a sus enseñanzas." Este enfoque tiene una fortaleza importante: no intenta negar las críticas históricas ni justificarlas, sino que muestra que el propio Nuevo Testamento establece el mismo estándar moral con el que esas fallas pueden ser evaluadas y condenadas. Eso permite responder a la crítica sin minimizar el daño causado y, al mismo tiempo, centrar la atención en las enseñanzas de Jesús como criterio fundamental.
Posted in:Crecimiento | | With 0 comments
